cadas de Orizaba, se iba á pasar lista, cuando una vela encendida cayó en una caja que contenía pólvora, esta hizo explosión y se trasmitió el fuego á las otras cajas de parque, á bombas, granadas y á todas las municiones de guerra, siendo imposible que se salvara alguna de las personas que allí estaban. Los franceses y españoles mandaron médicos que socorrieran á quinientos heridos y mutilados. El descuido de los jefes al permitir que la pólvora y demás explosivos quedaran tan expuestos, jamás podrá ser suficientemente criticado.

A las cuatro de la mañana del día 7, comunicó el general Porfirio Díaz la orden para que de San José Morelos saliera el cuerpo médico y se dirigiera á Chalchicomula con todos los instrumentos de cirujía y las medicinas que tenían para servicio del ejército. Precedió á los médicos el general Ignacio Mejía, cuartel maestre, quien mucho se conmovió ante el doloroso cuadro que presentaba Chalchicomula después del desastre de la Colecturía, donde acabaron los batallones 1º y 2º de Oaxaca, Patria y una compañía de Galeana que formaban la brigada, sobreviviendo pocos soldados. Los médicos Orellana y Cerrato socorrieron á los heridos que, contados en la noche, ascendían á ciento ochenta, á los que hicieron las primeras curaciones, reservando para el día siguiente los cuidados ulteriores de las luxaciones, amputaciones, aplicación de aparatos y demás, atendiendo primero á las heridas en la cabeza, las ocasionadas por proyectiles huecos y á las quemaduras. Se acordó que los muertos, unos mil quinientos, fueran amontonados y reducidos á cenizas. En los siguientes días se reunieron algunos otros médicos llegados de diferentes rumbos; el día 8 se presentaron las secciones francesa y española, la una á las órdenes del Doctor Claudel y la otra á las del Doctor Ricoy, y se retiraron el día 12.

El aspecto de la población era tristísimo, sombrío; en las calles no se veían más que fogatas de diez en diez metros, con objeto de purificar la atmósfera: los vecinos estaban encerrados en sus casas, no queriendo presenciar espectáculos tan horrorosos, como el de ver carros cargados de cadáveres corruptos y mutilados, miembros despedazados tirados por las calles y ruinas manchadas de sangre por haberse estrellado en ellas los cuerpos de los que murieron; el aire era tan fétido que no se podía andar sino con el pañuelo con aromas, aplicado á las narices. Mujeres de los soldados perecieron cuatrocientas setenta y cinco, treinta y tantos vendedores y más de quinientas personas de la población. Esta catástrofe puede enumerarse en la serie de los sucesos adversos que originaron los tratados de la Soledad.

Los emigrados mexicanos en Francia, insistían en que México queria la Intervención europea y que la Francia era aquí muy popular; sostenían constantemente que no tendría más que presentarse la bandera francesa, para provocar un movimiento general en favor de la monarquía. Aseguraban que el gasto de la expedición sería corto y que México tenía inmensas riquezas para indemnizar. Como en aquella época estaban las imaginaciones exaltadas con las riquezas encontradas en la California, se llegaba hasta decir que estas eran nada al lado de las

que encerraban Sinaloa y Sonora. En cuanto á la elección del príncipe, encontraban en la de Maximiliano una combinación política excelente, pues habiéndole quitado después de la guerra de Italia una provincia al Austria, la Lombardía, se le daría un Imperio, quedando así satisfechas á la vez la Italia y el Austria. Habían presentado de tal manera sus ideas los emigrados mexicanos al gobierno francés, que como se vió, se le daban dos mil doscientos hombres á Mr. Jurién de La Gravière para que, en caso de que fuera necesario combinar una marcha sobre México, avanzara con ellos!

Equivocáronse los tenedores de bonos, al creer que con la posesión de la aduana marítima de Veracruz por las tropas aliadas, serían pagados los dividendos, pues el gobierno mexicano estableció aduanas interiores y gran cantidad de mercancías entraban por la frontera del Río Bravo. Ya los periódicos europeos publicaban la candidatura de Maximiliano para el trono que se trataba de levantar en México, pensamiento atribuido á la emperatriz de los franceses y apoyado por el rey de los belgas, suegro del candidato que estudiaba con empeño el idioma español. Inglaterra manifestó que no se opondría á que viniera á México el Archiduque, si tal era la voluntad de los mexicanos; pero que de ninguna manera contribuiría á impulsar ese proyecto monárquico.

Mientras que en México se esperaba confiadamente en las negociaciones que en Orizaba habían de abrirse el 15 de Abril, creyéndose generalmente que serían ratificados los Preliminares de la Soledad, en París se usaban todos los medios para preparar la opinión en favor de la monarquía. "La Patrie" anunciaba que, conforme á una correspondencia de Veracruz, se formaba seriamente en México un partido monárquico; "Le Moniteur" insertaba una correspondencia del mismo puerto, en la que se decía: "que el deseo de la parte sana de la población en México, era la unidad del país bajo una monarquía independiente y constitucional," pensamiento que estaba claramente expresado en las instrucciones de La Gravière, dadas por M. Thouvenel, quien consideraba "existente en México un gran partido monárquico, que era el único que podía dar garantías de orden y estabilidad."

Con motivo de los candidatos para el trono de México, el "Courrier du Dimanche" de 1º de Febrero, aseguró que la idea de levantar en México un trono para Maximiliano, era menos reciente de lo que generalmente se creía, pues aun antes de hacer los preparativos para la expedición mexicana, el gabinete de las Tullerías había sondeado las intenciones de la corte de Viena, sobre la acogida eventual que encontraría el ofrecimiento del trono mexicano á un príncipe austriaco; el gabinete de Viena no se había mostrado presuroso, aunque no se le había hablado de compensaciones, hasta después de algunas semanas en que con delicadeza se trató de relacionar esa extensión trasatlántica de poder austriaco, con la limitación de sus posesiones europeas, y la confirmación que con este hecho tuvieron las sospechas de la corte de Viena, no fueron á propósito para disponerla en favor del proyecto de Napoleón III, y siguió recibida con frialdad la candidatura ofrecida al Archiduque Maximiliano, al grado de que se creyó indispensable bus-

car fuera del territorio mexicano, la compensación que se ofrecería al Austria por la cesión que de Venecia se le pedía. Se estaba en esto, cuando se supo que había partido para México el consejero privado del Archiduque Maximiliano, M. Scherzenlechner, comisionado para estudiar el país.

"La Patrie" decía, después de hablar de las ofensas que en México tenía que vengar la Francia: "La deplorable situación de México inquieta á la Europa." "Hace tiempo que el desorden que reina en las Repúblicas de la América Septentrional, ha atraído la atención de este continente y si por México comienza una intervención de las tres potencias europeas, es porque en México el desorden ha tomado proporciones deplorables." "La cuestión de México es verdaderamente una cuestión europea." "Se trata de poner fin á la anarquía de un país rico y para ello tenían iguales derechos Francia, Inglaterra y España; mas para hacer al pueblo mexicano dueño de sus destinos, es necesario apoyarlo con tropas europeas para que se constituya seriamente un gobierno regular y señalarle el gobernante que le conviniera; para este destino está designado el Archiduque Maximiliano." La "Patrie" aseguraba el 5 de Febrero, que de los veintiún Estados de México, diez y ocho estaban dispuestos á adherirse al proyecto de Almonte, relativo á establecer en México un gobierno monárquico liberal, y que todas las poblaciones se le adherirían, tan luego que se anunciara que las potencias aliadas estaban decididas á sostener sus votos.

Con esta política el prestigio de Napoleón decaía rápidamente en Francia, pareciendo ya demasiado violento y estéril el despotismo, más acentuado y sensible por la crisis hacendaria que tenía los ánimos impacientes. Además, no satisfacía la política extrema, indecisa, incomprensible de Napoleón en la cuestión italiana, temiendo ese soberano una solución cualquiera ya fuese en favor del Papa ó de la revolución. Era violenta la espectativa en que estaban Polonia, Venecia y la Hungría, dando motivo para que se esperara de un momento á otro el primer cañonazo de la guerra europea, impulsada por la crisis que atravesaba Prusia y por la transición laboriosa de la Alemania; condiciones fatales para que Napoleón pudiera atender debidamente á la guerra que iba á emprender en México, pues el antiguo continente se sentía acometido de las terribles colvulsiones que preceden á la trasformación de los Estados.

Tan luego que el vice-almirante Jurién de La Gravière supo que se había aumentado el contingente francés con tres mil hombres, declaró sin rodeos al general Prim, que en lo sucesivo, la expedición sería exclusivamente francesa; en carta que le escribió desde Tehuacán en 20 de Marzo (1862), le aseguró que, en su opinión, era una falta haber dado un color casi exclusivamente español á la expedición, y no dudaba que, al enviar aquí el Emperador un nuevo ejército, quería desembarazar la acción de la Francia y reservarle la más completa libertad en sus decisiones; Jurién declaró "que la importancia que se daba á su mando, era un aviso de que no subordinara sus miras políticas á las de ningún plenipotenciario," por consiguiente, "sin renegar de nuestros aliados, sin separar en nada nuestra causa

de la suya, insisto en que quede bien establecido á los ojos de todos, que nuestra expedición es francesa y que no está á las órdenes de nadie." Cuando los refuerzos franceses estuvieron en México, creyó el gobierno imperial que ya para nada necesitaba de la alianza de las fuerzas españolas, y hasta parecía deseoso de que se separaran de México, para quedar con entera libertad, según lo expresaba el ministro Thouvenel.

La necesidad de dar satisfacción al españolismo y el respeto especial tenido por la prensa católica de España á los Borbones, produjo constantes ataques á la candidatura del Archiduque Maximiliano para el trono de México. Esos ataques fueron contestados por el paladín de la idea monárquica en México, D. José Mª Gutiérrez de Estrada. Respondiendo este señor á un artículo de la "Esperanza" que se publicaba en Madrid, decía en una carta que dirigió á D. Pedro de la Hoz: "La conducta de algunos mandatarios ó agentes del gobierno español en la cuestión mexicana, es para mí verdaderamente incomprensible."

El restablecimiento de la monarquía en México debía considerarse, según el Sr. Gutiérrez de Estrada, como el punto inicial de una serie de movimientos análogos en casi todo el continente hispano-americano. Así, por este motivo, sobre el cual llamó muy especialmente la atención, como por la situación geográfica del país próximo inmediatamente á los Estados-Unidos, convenía que la trasformación se hiciera aquí bajo condiciones tales, que la permanencia quedara perfectamente asegurada. "Dos condiciones eran para esto absolutamente indispensables: la completa aquiescencia y cooperación en el interior, con las cuales su justificación y legitimidad hubieran quedado plenamente establecidas, y el apoyo exterior de una fuerza que los Estados-Unidos jamás hubieran osado atacar."

Ninguna de estas dos cosas era posible con el candidato español, según el parecer del Sr. Gutiérrez de Estrada, por causas que él no aplaudía, pero que conocía perfectamente cualquiera que supiése la Historia de México. "El sentimiento de independencia está muy arraigado en el país: pero entre el pueblo, especialmente, el significado verdadero de la palabra "Independencia" es "Independencia de España." "Y mientras que nadie creería allí destruida esta independencia estableciéndose una monarquía con un monarca de otra nación cualquiera, todos la reputarían como perdida desde el momento en que fuese español ese monarca. "Por lo mismo, esa completa aquiescencia y cooperación del país, que debe buscarse ante todo como justificación y legitimidad del cambio, y que tan importantes han de ser en el porvenir para quitar todo pretexto á las resistencias y revueltas interiores, y á la intervención hostil de los Estados-Unidos, se hace absolutamente imposible con un candidato español para el trono.

"Por razones que están al alcance de todo el mundo, ni la Francia ni la Inglaterra pueden estar conformes con el personaje que la España propone; pero aun dejando á un lado estas razones, ¿cómo ha de convenir á ninguna potencia marítima el que la misma nación, á la cual se considera en un período ascendente de ambición y de fuerza, que tiene ya en la Isla de Cuba la llave del seno mexicano, domine